

# Panorama de la literatura anglo parlante en el Caribe (1ª parte)

Fernando Cordobés

«DE SER PARTE DE OTRAS VOCES, NOS CONVERTIMOS EN VOCES PROPIAS»

LINTON KWESI JONSON

Cuando los navegantes portugueses cruzaban el Atlántico durante la época de la colonización de América, temían especialmente una amplia zona del océano próxima al Mar Caribe conocida como el Mar de los Sargazos. Una extensión de más de tres millones de kilómetros cuadrados en los que se suceden las encalmadas y las contracorrientes, y donde la abundancia de algas, los sargazos que dan nombre al mar, provocaban que la navegación a vela se detuviese y resultase muy penosa. Hay pocas cosas que un marino tema tanto como la calma total. En los trópicos, en las zonas próximas al ecuador, son frecuentes estas pausas meteorológicas y la resistencia mental de quienes se enfrentan a ellas se pone a prueba sin saber nunca a ciencia cierta cuando concluirán. El Mar de los Sargazos era entonces una especie de tierra de nadie, una espiral en la que un buque podía quedar atrapado sin solución. Una especie de aviso a navegantes o de metáfora de lo que representaría para muchos la vida en el mar Caribe: sentirse atrapados en pequeñas islas sin hallar ellas una verdadera identidad, un verdadero sentimiento de pertenencia; una especie de vida hecha a base de flotar sin rumbo. El autor George Lamming nacido en Barbados en 1927, narraba en *The pleasures of exile* (1960), «Nadie de Barbados, Trinidad, Santa Lucía, o ninguna otra isla de

las Indias Occidentales se ve como 'caribeño' hasta que conoce a otro isleño en el extranjero... En ese sentido, la mayoría de los caribeños de mi generación nacieron en Inglaterra (...) Viajar a través de nuestros países me hizo comprender que había una realidad caribeña, que tocaba a diferentes territorios en modos diferentes, pero que no había penetrado completamente en la conciencia de cada territorio. Así, la evolución de cada territorio depende en mucho de forjar e incorporar esa realidad caribeña en su conciencia.»

Jean Rhys, considerada autora británica pero nacida en Roseau en la isla antillana de Dominica, escribe en el comienzo de su novela *Ancho mar de los Sargazos*: «Dicen que en los momentos de peligro, hay que unirse, y, por esto, los blancos se unieron. Pero nosotros no formamos parte del grupo. Las señoras de Jamaica nunca aceptaron a mi madre, debido a que era 'muy suya, muy suya', como decía Christophine.» La huella que dejó impresa la isla de Dominica en la vida y en la obra de Jean Rhys, es tan decisiva que juega un papel fundamental en algunos de sus textos, como sucede en *Viaje a la oscuridad* (1934), en la propia *Ancho Mar de los Sargazos* (1966), incluso en alguno de sus relatos cortos como «The Day they Burned the Books». Dominica es la isla más accidentada de las que salpican el mar Caribe, con una altura máxima de 1524 metros en apenas 47 km de longitud. Los violentos contrastes entre la densa vegetación, profundas gargantas, cascadas y grandes extensiones de terreno baldío, son totalmente distintos a la atmósfera que se prefiguraba en Gran Bretaña. Lo irreconciliable de los paisajes con los sentimientos de la autora es evocado en *Ancho Mar de los Sargazos* a través de la actitud que la señora Rochester muestra ante la belleza: desconfiar de su exuberancia: «*demasiado azul, demasiado verde*», dice. En esta historia está presente el desarraigo de los descendientes de los dueños blancos de las plantaciones: son propietarios de una tierra extraña para ellos, un lugar que guarda impresa la memoria de los indios exterminados, poblada por negros descendientes de esclavos, por blancos empobrecidos y despreciados por sus congéneres así como por los propios negros. Seres extraños en fin. Esos seres que no pertenecen a ninguna parte, como consecuencia de las circunstancias, o como resultado de su propia naturaleza.

La vida de Jean Rhys es un buen ejemplo de lo sucedido con muchos de los autores nacidos en las llamadas Indias Occidentales, las antiguas colonias británicas en el mar Caribe. La generación literaria –que protagonizó entre los 50 y 60 un *boom* en las letras y las artes de la región– estuvo marcada a la vez por el exilio y por un profundo sentimiento caribeño. Desde otros lugares, su centro de interés era el Caribe y los procesos de cambio social que en él se alentaban. Ensayaban un descubrimiento y definición de sí mismos, miraban desde la historia al presente y al futuro, hacían de sus historias particulares metáforas de las historias colectivas y nacionales. Como ha reconocido la crítica, toda la literatura de los años 50, cuyos autores vivían principalmente en Londres, fue muy sensible a la condición social y cultural del Caribe contemporáneo. Pero para comprender el contexto del que nace todo este movimiento literario, que ha dado ya tres premios Nobel, es necesario mirar hacia atrás para entender las circunstancias y los antecedentes de los que nace la literatura escrita en inglés en la región.

Desde la llegada de Cristóbal Colón durante el descubrimiento, hasta el final del siglo XV, las islas de las llamadas Indias Occidentales fueron vistas como simples objetos para ser explotados en vez de lugares para ser poblados. Justo lo contrario de lo ocurrió en el continente con las colonizaciones española y portuguesa, que desde su llegada se establecieron para quedarse. La historia de estas islas estuvo marcada por la pacificación y el exterminio de las poblaciones nativas, y por la fiera rivalidad naval entre los sucesivos poderes europeos. La introducción de los cultivos de caña de azúcar a finales del siglo XVI, basado en la mano de obra esclava traída desde África, generó en las distintas sociedades un ciclo de relaciones humanas viciadas que las dejó moral y estéticamente lisiadas. El autor guyanés Wilson Harris, nacido en New Ámsterdam, llama a este proceso el «éxtasis vencedor-víctima» y es el tema central de su *Guyana Quartet*, que comenzó a publicar al establecerse en Londres en 1959 y compuesto por los títulos *Palace of Peacock* (1960), *The Far Journey of Oudin* (1961), *The Whole Armour* (1962), y *The Secret Ladder* (1963).

Otros autores caribeños como George Lamming, nacido en Barbados, han tratado de interpretar la primera historia del Cari-

be. Novelista, crítico y comentarista social, es uno de los escritores esenciales en la búsqueda y configuración de esa voz propia que, en su caso, cristalizó a partir de mediados del pasado siglo como parte de un proceso de nacionalismo cultural y político que desembocaría en la independencia de los países caribeños. En *The Pleasures of Exile* (1960) examina el proceso de colonización de los pobladores europeos de todas clases y sus efectos: «Los indígenas caribes y arahucos, que vivían por sus propias luces mucho antes de la aventura europea, desaparecieron gradualmente en un bosque ciego y salvaje de sangre. Fue introducido ese regalo maligno, la caña de azúcar, y una inmensa migración humana se movió hacia el Nuevo Mundo del Caribe: ladrones y criminales deportados, soldados derrotados y caballeros monárquicos huyendo de Europa; esclavos de la costa occidental africana, indios, chinos, corsos, portugueses. La lista es siempre incompleta, pero todos se encontraron en un suelo extraño, en un impredecible e infinito espectro de costumbres y emprendimientos, gente en las más azarosas combinaciones, rodeada de memorias de esplendor y de miseria, el triste y moribundo reino del azúcar, un futuro lleno de promesas. Y siempre, el mar.» En la novela *Natives of My Person* (1972), un relato alegórico de la travesía de un barco negrero hacia San Cristóbal en el período colonial, ofrece una perspectiva de los efectos del proceso de colonización en los colonos europeos de todas las clases. Aunque ninguno de los embarcados en el navío *Reconnaissance*, alcanza las Indias Occidentales al final de la novela, sus actitudes hacia la autoridad y la explotación están ya viciadas por los valores de la sociedad colonial. Por su parte, el autor guyanes Edgar Mittelholzer en su trilogía *Kaywana*, explora los miedos y obsesiones de la familia Van Groenwegel, pionera en la colonia e instalada allí desde varias generaciones. Muestra como esos rasgos se exacerbaban en una sociedad organizada exclusivamente para la producción, en la que había muy pocas (o ninguna) restricciones sociales al ilimitado poder personal o a la gratificación sexual.

Tras las guerras napoleónicas, la importancia estratégica del mar Caribe para Europa cesó. Las islas dejaron de cambiar de manos y de esta forma llegó un período de relativa estabilidad. A comienzos del siglo XIX los territorios bajo dominio británico